

recuerdos de su hijo (en letra cursiva dentro del relato) de carácter descriptivo e intermitente: su función será la de establecer un contraste entre la Comala recordada por Dolores y la del presente de la narración. También, Dolores (2) formará *parte del relato* y con ello se aclara el origen de Juan Preciado y se echa luz sobre el carácter de Pedro Páramo. A la vez, el lector llega a conocer algo de la malaventurada Dolores.

Las secciones y DN que se circunscriben a la relación Dolores-Pedro Páramo (es decir, el origen de Juan Preciado), son las siguientes: SII: 4DN; SIII: 9DN; SIII: 11-13DN. Según vimos anteriormente, SI: 5DN sólo tiene el fin de aproximar el destino de Eduviges Dyada al de Juan Preciado, en tanto que se transforma en madre metafórica de éste (por ser la «doble» de Dolores Preciado y debido a que *casi* fue madre de Juan Preciado al haber pasado la noche de bodas [de Dolores] con Pedro Páramo). Después de estas cinco apariciones como parte integral del relato, Dolores volverá a su función de *recuerdo* y aflorará en el pensamiento de Juan solamente dos veces más: en SIII: 18DN, 25DN.

Las vidas de Pedro Páramo y Dolores Preciado se cruzan y anudan por razones económicas: ésta tiene lo que a aquél le falta. Es más, ella es una de las personas con las que está más endeudado Pedro Páramo. La boda entre ambos resulta ser, pues, una táctica de salvación debido a que en ese tiempo Pedro Páramo estaba desprovisto de familia (*todos* sus familiares habían muerto) y de patrimonio (*todo* lo debía). Estaba en plena bancarrota. A la inversa, Dolores Preciado era propietaria del rancho de Enmedio (codiciable patrimonio) y tenía dos hermanas que, al mudarse a distinto lugar (Matilde a Guadalajara, Gertrudis a Colima), la habían dejado como dueña de toda la herencia paterna. Tanto Pedro como Dolores, sin embargo, están solos.

Exceptuando SIII: 10DN, que marca el espacio narrativo en el que Fulgor se hace partidario incondicional de (don) Pedro y que muestra el cambio de carácter de éste (antaño pacífico, hogaño rapaz), todo el conjunto formado por SIII: 9-13DN constituye un microsistema: *abre con Fulgor* tocando la puerta (cerrada y con dos moños negros) con el mango de su chicote (a partir del primer párrafo hay un empalme temporal que une 9DN con 13DN: actos y espacios idénticos, pero distinto tiempo y diferente estado de ánimo por parte de Fulgor), y *cierra con Fulgor*, de nuevo tocando la puerta de Pedro Páramo. ¿Diferencia? Son dos Fulgores muy distintos: el que toca la puerta por primera vez, va decidido a mostrarle a Pedrito que él es «el que sabe», es decir, va a imponerse como solía hacerlo con don Lucas Páramo: «¿Quién era aquel muchacho para hablarle así? Ni su padre don Lucas Páramo se había atrevido a hacerlo» (pág. 39). El Fulgor que toca la puerta en 13 DN, lo hace después de haber cumplido con varios encargos del que ya es un reconocido patrón: la hace de celestino al arreglar lo de la boda con Dolores Preciado: funge como asesor al vigilar los intereses de Pedro (los «bienes mancomunados»), y ahora a Toribio Aldrete en casa de Eduviges. Toda esta obediencia pese a que Pedro Páramo, en la primera entrevista, le baja de rango: «Te reduzco tu tarea de administrador. Olvídate de la Media Luna». Asombrado ante tan inesperada astucia, a Fulgor no le pasa por la mente que de administrador ha llegado a ser simple mandadero de don Pedro. Pese a esta capacidad reducida, Fulgor jamás sirve mejor a ningún otro Páramo.

Volvamos al microsistema formado por SIII: 9-13DN. La boda de Pedro y

Dolores contiene desde el principio un gran número de signos adversos. Aparte de que es una boda de conveniencia (para ambos: él se apropia de terreno; ella se apropia de un esposo, es decir, ya no se considerará una mujer «quedada»), hay varios detalles que se identifican por su inherente *negatividad*. Por ejemplo: en I: 1DN, Dolores acepta casarse con Pedro el día 3 de abril, después de ver que Fulgor no sabe o no quiere entender «cosas de mujeres». Posterior a varias expresiones de felicidad, emerge una sombra que ennegrece el pensamiento de Dolores: «Gracias Dios mío por darme a don Pedro... Aunque después me aborrezca».

En la misma DN, Fulgor parece querer hacerle saber a Dolores que Pedro está en una condición social a la que ella ha alcanzado: «Don Lucas Páramo, que en paz descañe, le llegó a decir que usted no era digna de él... Ahora que él ya no existe, no hay ningún impedimento». Pero sabemos que Dolores Preciado tiene un codiciable patrimonio y que la familia Páramo, desde tiempos del abuelo, había visto el paulatino menguamiento de su fortuna, hasta llegar a la bancarrota en que deja a Pedro Páramo don Lucas («Si yo tuviera mi casa grande, con aquellos grandes corrales que tenía, no me estaría quejando. Pero tu abuelo le jerró con venirse aquí», SII: 2DN). ¿Por qué piensa Dolores que Pedro la va a aborrecer? ¿Qué mancha o falla moral (pues no es económica o social) hay en Dolores que la hace digna del posible aborrecimiento?

Esto no se le oculta tampoco a Pedro Páramo. En SIII: 9DN, lo notamos a partir de un titubeo de Fulgor:

...Mañana comenzaremos a arreglar nuestros asuntos. Empezaremos por las Preciados. ¿Dices que a ellas les debemos más?

—Sí. Y a las que les hemos pagado menos. El padre de usted siempre las pospuso para lo último... La Lola, quiero decir, doña Dolores, ha quedado como dueña de todo. Usted sabe: el rancho de Enmedio. Y es a ella a la que le tenemos que pagar.

¿Por qué «la Lola»? Esa forma despectiva de referirse a Dolores no se le escapa a Pedro, a pesar de que Fulgor inmediatamente corrige lo dicho, dándole el título de «doña». Pedro Páramo, lejos de ofenderse le da a entender a Fulgor que entre ellos hay mutuo acuerdo con respecto a «doña Dolores». En la misma DN Pedro Páramo recalca en tres ocasiones el hecho de que él es «el que sabe» (también) lo de Dolores: «Mañana vas a pedir la mano de la Lola... Arregla por de pronto lo de la Lola... Le dirás a la Lola esto y lo otro...» (págs. 40, 41).

Este explícito menosprecio con que Pedro Páramo se refiere a Dolores, luego se tornará en una variante del «rencor vivo». Sabemos por conducto de Eduviges (SII: 4DN) que Pedro trató muy mal a Dolores:

¿Cuántas veces oyó tu madre aquel llamado? «¡Doña Doloritas, esto está frío. Esto no sirve!»
¿Cuántas veces? Y aunque estaba acostumbrada a pasar lo peor, sus ojos humildes se endurecieron.

Entre «la Lola» y «Doña Doloritas» se encuentra la misma mueca de ironía o desdén mal encubierto. ¿Por qué tanto desprecio? Esta pregunta quizá tenga una respuesta muy banal, pero importante para las relaciones semánticas del relato, y en efecto, una posible respuesta se encuentra en la misma DN.

Quizá vengándose por el insulto a principios de SII: 4DN, Eduviges opta por contarle a Juan algo que parece ser el primer desliz de Dolores Preciado. Refiriéndose

a Inocencio Osorio, le dice que éste era «amansador» (de potrillos) en la Media Luna y que también era «provocador» (de sueños y de mujeres). En su función de provocador se metía «con las piernas de una, en frío, así que aquello al cabo de un rato producía calentura... A veces se quedaba en cueros porque decía que ése era nuestro deseo. Y a veces le atinaba; picaba por tantos lados que con alguno tenía que dar». Antes de esto, Eduviges confiesa lo siguiente: «Era provocador de sueños. Eso es lo que era verdaderamente. Y a tu madre la entredó como lo hacía con muchas. Entre otras, conmigo».

Además de confirmar una vez más el carácter dioscúrico de Dolores Preciado y Eduviges Dyada —quien según María Dyada «sirvió siempre a sus semejantes. Les dió todo lo que tuvo. Hasta les dió un hijo, a todos» (SIII: 6DN, pág. 34)— de aquí se extrae la noción de que su reputación en Comala era notoria y que, por lo mismo, Fulgor lo hace recurso o estrategia de persuasión; al echarle en cara el no ser considerada *digna* de Pedro Páramo, Fulgor parece decirle: «Pedro no tiene mucha fortuna, pero tú, Lola, has perdido tu honor; recupéralo, casándote con mi patrón». El matrimonio, pues, visto como reaparición de un honor mancillado (nivel social) y como depuración de una condición pecaminosa (nivel religioso)¹².

Visto dentro de este contexto, se explica el que Pedro Páramo no le haya dado mayor importancia a su noche de bodas: «se pasó la noche roncando» (pág. 22). Sólo que Pedro Páramo no sabe que la mujer que comparte su lecho no es Dolores, sino Eduviges. La «luna» que esa noche mantiene a Dolores lejos del novio no es la que, siendo de miel, une a los novios en *una sangre* (símbolo de la consumación nupcial); es la luna de hiel que separa a los novios por una sangre vertida con *anterioridad* a la boda: la conjunción reprehensible cancela la posibilidad de una consumación nupcial. Pero si esta luna (en contexto «llena de pecado») —que equivale a sangre menstrual en sentido metafórico— mantiene en disyunción a los novios, *otra sangre* (también «llena de pecado») concordará con la conjunción: esta sangre es la derramada la noche del asesinato de Toribio Aldrete, *en casa de Eduviges*. Volvamos nuestra atención a SIII: 13DN:

- Pasa, Fulgor. ¿Está arreglado el asunto de Toribio Aldrete?
- Está liquidado, patrón.
- Nos queda la cuestión de los Fregosos. Deja eso pendiente. Ahorita estoy muy ocupado con mi «luna de miel».

Si de nuevo nos preguntamos por qué Eduviges hospeda a Juan —en su primera noche en Comala— en el cuarto en que se asesina a Toribio Aldrete, lo anterior le añade otro peldaño más a la sutil arquitectura semiótica construida por Eduviges ante los ojos/oídos de Juan Preciado. Indudablemente hay una correspondencia temporal

¹² ¿Qué pasa con este *Inocencio Osorio*, tan parecido a Miguel y Pedro Páramo en lo calavera? En SIII: 20DN, parece haber una referencia a este «provocador»: «Estos sujetos se ponen en este estado para llamar la atención. Conocí a uno en la Media Luna que se decía adivino. Lo que nunca adivinó fue que se iba a morir en cuanto el patrón le adivinó lo chapucero» (pág. 58). Lo irónico del contexto es que Juan Preciado adopta gestos asociados con el amante de su madre, o sea, con el hombre que ocupó el lugar de Pedro Páramo en cuanto a la virginidad de Dolores. En los últimos momentos de su vida, Juan Preciado gesticula evocaciones de un adulterio que ocasiona, en gran medida, el odio y el desprecio entre sus padres.